

—Vaya, así lo comprendo—respondió intrépidamente la vizcondesa.

La anciana Pen-Hoël, llena de desesperación al verse en el campo enemigo, se había retirado á cuatro pasos de distancia con su querida Carlota. Calixto, después de mirar si no le veía nadie, cogió la mano de la marquesa y la besó depositando en ella una lágrima. Beatriz se volvió con los ojos secos por la cólera, é iba á pronunciar alguna palabra terrible, cuando enmudeció de pronto al ver que el llanto bañaba el hermoso rostro de aquel ángel tan dolorosamente impresionado como lo había sido ella misma.

—¡Dios mío! Calixto—le dijo Felicidad al oído, al verle venir con la señora de Rochefide,—¿sería usted capaz de aceptar eso por suegra y á esa becacina por mujer?

—Si acaso, porque su tía es rica—dijo irónicamente Calixto.

El grupo entero se puso en marcha hacia la posada, y la vizcondesa se creyó obligada á hacerle á Camilo una sátira acerca de los salvajes de San Nazario.

—Señora—le respondió gravemente Felicidad,—yo he nacido en Gueranda y amo á Bretaña.

Calixto no pudo menos de admirar á la señorita de Touches, la cual, por el sonido de su voz, por la tranquilidad de sus miradas ó actitud, le privaba de todo embarazo, á pesar de las terribles declaraciones de la escena que había tenido lugar la noche anterior. Sin embargo, Felicidad parecía estar cansada, y sus facciones denotaban el insomnio, siendo únicamente la frente la que dominaba su tormenta interior con placidez cruel.

—¡Qué reinas!—dijo Calixto á Carlota, señalando á la marquesa y á Camilo y dándole el brazo, con gran contento de la señorita de Pen-Hoël.

—¿Qué idea ha tenido tu madre de aceptar la compañía de esa réproba?—dijo la solterona, dando también su seco brazo á su sobrina.

—¡Oh, tía! no diga usted eso. ¡Una mujer que es la gloria de Bretaña!

—La vergüenza querrás decir, hija mía, ¿ó es que tú también vas ahora á alabarla?

—Carlota tiene razón, y usted se muestra injusta—dijo Calixto.

—¡Oh! ¡usted!—respondió la señorita de Pen-Hoël—si le tiene hechizado.

—No, tengo con ella la misma amistad que con usted—dijo Calixto.

—¿Desde cuándo mienten los Guenic?—dijo la solterona.

—Desde que los Pen-Hoël están sordos—replicó Calixto.

—¿Pues no estás enamorado de ella?—preguntó la solterona encantada.

—Lo he estado, pero ya no lo estoy—respondió el joven.

—¡Ah, pícaro! ¡cuánto nos has inquietado! Ya sabía yo que el amor es una tontería y que sólo el matrimonio es sólido—le dijo mirando á Carlota.

Ésta, un poco tranquilizada por esta declaración, esperó poder reconquistar su imperio, apoyándose en los recuerdos de la infancia, y estrechó el brazo de Calixto, el cual se prometió tener una franca explicación con la heredera.

—¡Ah! Calixto, ¡qué hermosas partidas de mosca jugaremos y cuánto vamos á reirnos!

Los caballos estaban enganchados; Camilo hizo ocupar el fondo del coche á la vizcondesa y á Carlota, pues Jacobita había desaparecido, y después se puso ella en la delantera con la marquesa. Calixto, obligado á renunciar al placer que se prometía, acompañó al coche á caballo, y los caballos, cansados, marcharon con bastante lentitud para que él pudiese mirar á Beatriz. La historia ha perdido las extrañas conversaciones de las cuatro personas que la casualidad había reunido tan singularmente en aquel coche, pues es imposible admitir las ciento y pico versiones que corren en Nantes acerca de los relatos, las réplicas y las palabras que la vizcondesa repite de la célebre Camilo Maupín, aunque la señora de Kergarouët se ha guardado bien de repetir ni de comprender las respuestas de la señorita de Touches á todas las preguntas ridículas que los autores oyen tan frecuentemente y con las cuales se les hace expiar cruelmente sus raros placeres.

—¿Cómo ha hecho usted sus libros?—preguntó la vizcondesa.

—Del mismo modo que hace usted sus obras de mano—le respondió Camilo.

—¿Y de dónde ha sacado usted esas observaciones tan profundas y dónde ha visto usted esos cuadros tan seductores?

—Del mismo sitio de donde saca usted las cosas ocurrientes que dice, señora. No hay nada más fácil que escribir, y si usted quisiese...

—¡Ah! ¿estriba todo en querer? ¡nunca lo hubiera creído! ¿Y cuál de sus composiciones es la que usted prefiere?

—Es muy difícil sentir predilecciones por cosa tan insignificante.

—Está usted tan hastiada de oír alabanzas, que no acierto á decirle á usted nada nuevo.

—Crea usted, señora, que no deja de complacerme la forma que usted da á las suyas.

La vizcondesa no quiso que la marquesa creyese que la echaba en olvido, y le dijo, mirándola con gran finura:

—No olvidaré nunca este viaje, hecho entre el talento y la belleza.

—Es favor que usted me hace, señora—dijo la marquesa riéndose.

Carlota, que comprendía perfectamente el ridículo que hacía su madre, la miró para contenerla; pero la vizcondesa continuó luchando valientemente con las dos alegres parisenses. El joven, que marchaba á trote lento delante de la calesa, no podía ver más que á las dos mujeres sentadas en la delantera, y sus ojos se fijaban alternativamente en una y otra, denotando los dolorosos pensamientos que le ocupaban. Obligada á dejarse ver, Beatriz evitó constantemente el cruce de sus miradas con las del joven, y mediante una maniobra desesperante para las gentes que aman, mantenía su chal cruzado encima de sus manos cruzadas también, y parecía ser presa de profunda meditación.

En un lugar en que el camino era sombrío, húmedo y verde como un delicioso sendero de un bosque, y en donde el ruido de la calesa apenas se oía y el viento derramaba olores balsámicos, Camilo llamó la atención de sus compañeras acerca de aquel lugar lleno de armonías, y, apoyando una mano en una rodilla de Beatriz y señalando á Calixto, le dijo:

—¡Oh! ¡qué bien monta á caballo!

—¿Calixto? ¡ya lo creo!—respondió la vizcondesa—es un jinete encantador.

—¡Oh! sí, Calixto es muy guapo—dijo Carlota.

—Hay tantos ingleses que se le parecen, que...—respondió indolentemente la marquesa sin acabar la frase.

—Su madre es irlandesa, una O'Brien—repuso Carlota, que se creyó atacada personalmente.

Camilo y la marquesa entraron en Gueranda con la vizcondesa de Kergarouët y su hija, con gran asombro de toda la ciudad, y las dejaron á la entrada de la calle de Guenic, donde faltó poco para que se reuniese una verdadera multitud. Calixto había apresurado el paso de su caballo para ir á advertir á su tía y á su madre la llegada de los huéspedes. La comida había sido retardada convencionalmente hasta las cuatro. El caballero volvió para dar el brazo á las dos damas, y después besó la mano de Camilo, esperando poder hacer lo propio con la marquesa, la cual mantuvo resueltamente sus brazos cruzados, á pesar de las suplicantes miradas que le dirigía Calixto.

—Tontuelo—le dijo Camilo rozándole la oreja é imprimiendo en ella un beso lleno de amistad.

—Es verdad—se dijo Calixto, mientras la calesa partía.—Olvido los consejos de mi madre; pero ¡bah! me parece que los olvidaré siempre.

La señorita de Pen Hoël, que llegó montada intrépidamente en un caballo de alquiler, la vizcondesa de Kergarouët y Carlota encontraron la mesa puesta, y fueron tratados por los Guenic, si no con lujo, al menos con cordialidad. La anciana Ceferina había indicado los lugares de la bodega en donde se encontraban los vinos finos, y Marieta había hecho verdaderos esfuerzos en la confección de sus platos bretones. La vizcondesa, encantada de haber hecho el viaje con la ilustre Camilo Maupín, quiso explicar la literatura moderna y el lugar que en ella le correspondía á la escritora; pero ocurrió con el mundo literario como con el whist: ni los Guenic, ni el cura, ni el caballero de Halga comprendieron una palabra. El abate Grimont y el anciano marino tomaron parte en los postres, y tan pronto como Marieta, ayudada por Gasselin y por la camarera de la vizcondesa, hubieron quitado la mesa, los comensales lanzaron un grito de entusiasmo para entregarse al juego de la mosca. La más franca alegría reinaba en la casa, y todos creían á Calixto libre y le veían casado ya antes de poco con la pequeña Carlota. Calixto permanecía silencioso. Por primera vez en su vida, establecía comparaciones entre los Kergarouët y las dos mujeres elegantes, decidoras y llenas de gusto que, á juzgar por la primera mirada que habían cambiado,

debían estar burlándose en aquel momento de las dos provincianas. Fanny, que conocía el secreto de Calixto, observaba la tristeza de su hijo, el cual hacía muy poco caso de las coqueterías de Carlota y de los ataques de la vizcondesa. Era evidente que su querido hijo se aburría, y que si su cuerpo estaba en aquella sala donde antaño se divertía tanto con el juego de la mosca, su espíritu se encontraba á la sazón en Touches. «¿Cómo enviarle á casa de Camilo?» se preguntaba la madre, que simpatizaba de tal modo con su hijo, que gozaba y se aburría cuando él. Su ternura de madre le aguzó el ingenio.

—Estás muriéndote de ganas de ir á Touches á verla—dijo Fanny al oído á su hijo.

El joven respondió con una sonrisa que hizo vibrar las más recónditas fibras del corazón de aquella adorable madre.

—Señora—dijo Fanny á la vizcondesa,—mañana iría usted muy molesta en el coche de la diligencia, y, sobre todo, tendría que salir muy temprano. ¿No le parece á usted que sería mejor que aprovechase el coche de la señorita de Touches? Anda, Calixto, vete á arreglar este asunto y ven en seguida.

—Antes de diez minutos estoy de vuelta—exclamó Calixto abrazando á su madre.

El joven corrió con la ligereza de un galgo, y cuando Beatriz y Camilo salían del comedor, él se encontraba ya en el peristilo de Touches, donde tuvo la buena ocurrencia de ofrecer el brazo á Felicidad.

—Ha abandonado usted por nosotras á la vizcondesa y á su hija, y no dejamos de comprender lo inmenso del sacrificio—le dijo Camilo estrechándole el brazo.

—¿Esos Kergarouët son parientes de los Portenduere y del antiguo almirante de Kergarouët, cuya viuda se casó con Carlos de Vandenesse?—preguntó la señora de Rochefide á Camilo.

—Sí—contestó ésta,—la señorita Carlota es sobrina segunda del almirante.

—¡Oh! Carlota es una joven encantadora, y no irá mal con ella el señor de Guenic—dijo Beatriz sentándose en un sofá gótico.

—No, ese casamiento no se hará nunca—se apresuró á decir Camilo.

Abatido por el aire frío é indiferente de la marquesa, que señalaba á la pequeña bretona como la única criatura que pudiese hacer pareja con Calixto, éste quedó anonadado.

—¿Y por qué, Camilo?—le preguntó la señora de Rochefide.

—Querida mía—repuso Camilo al ver la desesperación de Calixto,—yo no aconsejé á Conti que se casase, y me parece que estuve muy amable con él: en este momento no se muestra usted nada generosa.

Beatriz miró á su amiga con sorpresa mezclada de indefinibles sospechas. Calixto comprendió la abnegación de Camilo al ver que sus mejillas se coloreaban de aquel modo, que anunciaba en ella violentas emociones, y, encaminándose torpemente hacia ella, le tomó una mano y se la besó. Camilo se puso negligentemente al piano, como mujer segura de su amiga y del adorador que ella se atribuía, volviéndoles la espalda y dejándolos casi solos. Una vez allí, improvisó variaciones sobre algunos temas escogidos y dotados todos de excesiva melancolía. La marquesa parecía escuchar, pero lo que hacía en realidad era observar á Calixto, el cual, demasiado joven y sencillo para desempeñar el papel que le señalaba Camilo, estaba en actitud extática ante su verdadero ídolo. Después de una hora, durante la cual la señorita de Touches se dejó llevar de sus celos, Beatriz se retiró á su habitación. Camilo hizo pasar inmediatamente á Calixto á su habitación, á fin de no ser escuchada (pues las mujeres tienen un admirable instinto de desconfianza), y le dijo:

—Hijo mío, finja usted que me ama, ó si no está usted perdido. Usted es un niño, no conoce á las mujeres y sólo sabe amarlas. Pero amar y hacerse amar son dos cosas muy diferentes. Va usted á ser víctima de horribles sufrimientos, y yo quiero verle feliz. Si contraría usted, no ya el orgullo, sino la terquedad de Beatriz, ésta es capaz de marcharse á algunas leguas de París al lado de Conti. Y entonces, ¿qué será de usted?

—La amaré lo mismo—respondió Calixto.

—Pero ya no la verá usted nunca más.

—¡Oh! sí.

—Y ¿cómo?

—La seguiré.

—Pero si eres pobre como Job, hijo mío.

—Mi padre, Gasselin y yo permanecemos tres meses en la Venda, con ciento cincuenta francos, andando día y noche.

—Escúcheme usted bien, Calixto — le dijo la señorita de Touches. —Veo que es usted demasiado candoroso, y aunque no quiero corromper su hermoso modo de ser, voy á darle un consejo. Usted será amado de Beatriz.

—¿Será posible eso?—dijo el joven juntando las manos.

—Sí—respondió Camilo.—Pero es preciso vencer los propósitos que ella se ha formado. Yo mentiré por usted; pero es preciso que usted me secunde en la ardua empresa que vamos á comenzar. La marquesa posee una astucia aristocrática y es sumamente desconfiada. Jamás cazador alguno encontró presa más difícil de atrapar. De modo que en esta ocasión el cazador debe escuchar á su perro. ¿Me promete usted una obediencia ciega? Yo seré su Fox—dijo Felicidad, dándose el nombre del mejor lebrél de Calixto.

—¿Qué tengo que hacer?—preguntó el joven.

—Poca cosa—repuso Camilo.—Vendrá usted aquí todos los días al mediodía, y yo estaré en una de las ventanas del corredor desde donde se ve el camino de Gueranda, para verle llegar como una querida impaciente, y tan pronto como le vea, me escaparé á mi cuarto, como si deseara ocultar la inmensidad de mi pasión; pero á veces usted me verá y me hará una seña con el pañuelo. Cuando entre usted en el patio y al subir la escalera, afectará cierto aire aburrido, lo cual no te costará un gran disimulo, ¿verdad, hijo mío?—dijo Felicidad dejando caer la cabeza sobre su seno.—Irás despacio, mirarás por la ventana de la escalera que da al jardín, buscando allí á Beatriz, y cuando ella esté (y no tengas cuidado, que ya se pasará), si te ve, procura deslizarte lindamente por el saloncito y de él á mi habitación. Si me ves en la ventana espionando tus traiciones, te apresurarás á echarte hacia atrás para que no te sorprenda mendigando una mirada de Beatriz. Una vez en mi cuarto, serás mi prisionero. ¡Ah! permaneceremos aquí juntos hasta las cuatro. Usted empleará el tiempo en leer, y yo en fumar. Y para que usted no se aburra, yo procuraré traerle agradables libros. Aun no ha leído usted nada de Jorge Sand, y esta misma noche enviaré á mi criado á comprar sus obras á Nantes y las de algunos otros autores que aun no conoce usted. Yo seré la primera en salir de mi cuarto, y usted no debe presentarse en el sa-

loncito hasta el momento en que oiga á Beatriz hablando conmigo. Siempre que vea usted un libro de música abierto sobre el piano, me pedirá usted permiso para quedarse. Le permito á usted, si es que puede, que se muestre conmigo grosero, y todo irá bien.

—Felicidad, ya sé que siente usted por mí un raro cariño que contribuye á que yo sienta haber conocido á Beatriz —dijo Calixto con encantadora buena fe;—pero, ¿qué espera usted?

—En ocho días, Beatriz estará enamoradísima de usted.

—¿Dios mío! ¿será posible?—dijo Calixto arrodillándose y juntando las manos ante Camilo, que se mostró feliz de poder proporcionarle aquel goce á expensas suyas.

—Escúcheme usted bien. Si sostiene usted con la marquesa, no ya una conversación seguida, sino que si cambia con ella algunas palabras, en fin, si le permite usted que le interrogue, si falta usted al mudo papel que yo le encargo que desempeñe, sepa que la pierde para siempre—le dijo Felicidad con tono grave.

—No comprendo una palabra de cuanto usted me encarga —exclamó Calixto mirando á Felicidad con adorable sencillez.

—¡Oh! es que si me comprendieses, no serías el joven sublime, el hermoso y noble Calixto—le respondió aquélla tomándole una mano y besándola.

Calixto hizo entonces lo que no había hecho nunca: tomó á Camilo por el talle y la besó graciosamente y sin amor, pero con ternura y como si besase á su madre. La señorita de Touches no pudo contener un torrente de lágrimas.

—Váyase, hijo mío, y dígame á la vizcondesa que mi coche está á su disposición.

Calixto quiso permanecer, pero se vió obligado á obedecer al imperioso gesto de Camilo, y volvió á su casa gozoso y seguro de que antes de ocho días sería amado por la hermosa marquesa de Rochefide. Los jugadores de mosca encontraron en él al Calixto perdido hacía dos meses. Carlota se atribuyó el mérito de aquel cambio. La señorita de Pen-Hoël estuvo carifiosísima con Calixto, y el abate Grimont procuraba leer en los ojos de la baronesa la razón de su tranquilidad. El caballero de Halga se frotaba las manos. Las dos solteronas ostentaban la vivacidad de dos lagartos. La vizcondesa debía cinco francos de moscas acumuladas. La avidez de Ceferina

estaba interesada de tal modo, que sintió no poder ver las cartas y llegó á hablar con malos modos á su cuñada, á quien la dicha de Calixto causaba distracciones, y la cual no contestaba siempre á las preguntas que le hacía. La partida duró hasta las once, y hubo dos defecciones: el barón y el caballero de Halga se durmieron en sus respectivos sofás. Marieta había hecho galletas de pan negro, y la baronesa se levantó para sacar el servicio de té. Antes de la marcha de los Kergarouët y de la señorita de Pen-Hoël, la ilustre casa Guenic les sirvió una colación compuesta de mantecas frescas, frutas y crema, colación para la cual se sacó del armario la tetera de plata y las porcelanas de Inglaterra que habían sido enviadas á la baronesa por una de sus tías. Esta apariencia de esplendor moderno en aquel viejo salón y la exquisita gracia de la baronesa, acostumbrada, como buena irlandesa, á hacer y á servir el té, tuvieron un no sé qué de encantador. El lujo más asiático no hubiera producido el efecto sencillo y noble que producía aquel sentimiento de gozosa hospitalidad. Cuando no quedaron ya en la sala más que la baronesa y su hijo, aquélla dijo á éste:

—¿Qué ha ocurrido esta noche en Touches?

Calixto le contó la esperanza que Camilo le había dado y sus extrañas instrucciones.

¡Pobre mujer!—exclamó la irlandesa juntando las manos y compadeciéndose por primera vez á la señorita de Touches.

Algunos momentos después de la marcha de Calixto, Beatriz, que le había visto salir de Touches, se fué á la habitación de su amiga, á la que encontró llorando y medio tumbada sobre un sofá..

—¿Qué tienes, Felicidad?—le preguntó la marquesa.

—Que tengo cuarenta años y que amo, querida mía—contestó con terrible acento de rabia la señorita de Touches, cuyos ojos se volvieron secos y brillantes.—Beatriz, ¡si supieses cuántas lágrimas derramo por los días perdidos de mi juventud! Ser amada por piedad, saber que se debe la dicha á trabajos penosos, á astucias de gato, á lazos tendidos á la inocencia y á las virtudes de un niño, ¿no es infame? Afortunadamente, se encuentra una especie de absolución en el infinito de la pasión, en lo enérgico de la dicha y en la certidumbre de estar siempre por cima de todas las mujeres, grabando una su recuerdo en un corazón joven, mediante inolvidables placeres é incesante abnegación. Sí, si él me

dijese que me arrojase al mar, lo haría á la menor indicación, y hay momentos en que llego á desear que me lo pida, porque de ese modo mi muerte sería una ofrenda y no un suicidio... ¡Ahl Beatriz, ¡qué trastorno me has causado viniendo aquí! Ya sé que es difícil superarte en nada; pero tú amas á Conti; eres noble y generosa, y no me engañarás, sino que, al contrario, me ayudarás á conservar á mi Calixto. Ya me esperaba yo la impresión que ibas á causarle; pero no he querido mostrarme celosa, porque eso sería atizar el mal; sino que, al contrario, te anuncié describiéndote con tan vivos colores, que no creí nunca que llegases á realizarlos; mas, por desgracia, has embellecido mucho.

Esta violenta elegía, en la que la verdad se confundía con lo falso, engañó por completo á la señora de Rochefide. Claudio Viñón había dicho á Conti los motivos de su marcha, y como Beatriz los conociese, se mostraba fría por generosidad con Calixto; pero en este momento sintió en su alma esa especie de goce que sienten todas las mujeres cuando saben que son amadas. El amor que inspiran á un hombre supone elogios sin hipocresía, y es muy difícil que dejen de saborearlos; pero cuando ese hombre pertenece á una amiga, sus homenajes causan aun más alegría, son delicias celestiales. Beatriz se sentó al lado de su amiga y empezó á acariciarla, diciéndole:

—No tienes un cabello blanco ni una arruga, y tus sienes están frescas; mientras que conozco más de una mujer de treinta años que se ve obligada á ocultar las suyas. Mira, querida—dijo levantando los rizos de las sienes,—mira lo que me ha costado mi viaje.

La marquesa mostró la imperceptible ajadura que hería ya el grano de su tierna piel, y, levantándose las mangas, dejó ver tres profundas arrugas que formaban una especie de brazaletes en sus muñecas.

—¿No son estos los dos lugares que no engañan nunca en nosotras, como ha dicho un escritor? Es preciso haber sufrido mucho, para reconocer la verdad de esta cruel observación; pero, afortunadamente para nosotras, la mayor parte de los hombres no lo saben, ni leen á ese infame autor.

—Tu carta me lo reveló todo—le respondió Camilo.—La dicha está reñida con la fatuidad, y tú te alababas demasiado en ella para ser feliz. En materia de amor, ¿no es la verdad sorda, muda y ciega? Por eso, al saber que tenías

muchas razones para abandonar á Conti, temí tu llegada y tu estancia en ésta. Querida mía, Calixto es un ángel tan bueno como hermoso, y el pobre inocente no resistiría á una sola de tus miradas, pues te admira demasiado para no amarte en cuanto le des el menor motivo para ello, siendo tu desprecio lo único que podrá contribuir á que yo lo conserve. Te lo confieso con la cobardía de la pasión verdadera: arrancármelo sería matarme. *Adolfo*, ese espantoso libro de Benjamín Constant, nos describe únicamente los dolores del hombre; pero, ¿y los de la mujer? ¡Ah! él no los ha observado, y por eso no puede describirlos. ¿Y qué mujer se atrevería á hacerlo? Ninguna; porque haciéndolo, deshonoraría á su sexo y humillaría á la virtud, ensalzando el vicio. ¡Ah! á juzgar por los temores que me inspiran, esos sufrimientos deben ser semejantes á los del infierno. Pero, dado el caso de que me abandone, he tomado ya mi resolución.

—¿Y qué has decidido?—preguntó Beatriz con un apremio que hizo estremecer á Camilo.

Esto diciendo, las dos amigas se miraron con la atención de dos inquisidores venecianos, y con rápida mirada en la que sus almas chocaron y despidieron chispas como dos pederuales. La marquesa bajó los ojos, y la mujer célebre le respondió con gravedad:

—Después del hombre, sólo se encuentra á Dios, y yo me arrojaría en sus brazos como en un abismo. Calixto acaba de jurarme que sólo te admiraba como se admira un cuadro hermoso; pero tú estás á los veintiocho años en todo el esplendor de tu belleza. La lucha acaba, pues, de comenzar entre él y yo con una mentira; mas, por fortuna, yo sé cómo he de obrar para triunfar.

—¿Y qué harás?

—Ese es mi secreto, querida mía. Déjame al menos que disfrute de los beneficios de mi edad. Si Claudio Viñón me arrojó brutalmente al abismo, yo, que me he levantado hasta un lugar que creía inaccesible, cogeré al menos las flores pálidas, pero deliciosas, que crecen en el fondo de los edificios.

La marquesa quedó aplastada por la señorita de Touches, que se complacía en engañarla con sus astucias. Camilo se despidió de su amiga, la cual fué á su habitación llena de curiosidad, flotando entre los celos y la generosidad, aunque pensando seguramente en el hermoso Calixto.

—¡Qué satisfacción tendrás en engañarme!—se dijo para sus adentros Camilo al darse el beso de despedida.

Después, cuando se quedó sola, la mujer substituyó al autor, y se deshizo en lágrimas; cargó de tabaco empapado en opio la chimenea de su pipa y pasó una gran parte de la noche fumando, aliviando así los dolores de su amor y viendo, á través de las nubes de humo, la deliciosa cabeza de Calixto.

—¡Qué hermoso libro aquel en que yo cuente mis dolores!—se dijo Camilo;—pero ya está escrito, porque Sapho vivió antes que yo, y era joven. Una mujer de cuarenta años, ¡vaya una hermosa y encantadora heroína! Fuma en tu pipa, pobre Camilo, pues ni siquiera te queda el recurso de poetizar tu desgracia.

Felicidad se acostó al amanecer, mezclando sus lágrimas, su rabia y sus resoluciones sublimes con una larga meditación acerca de los misterios de la religión católica, en la que, dada su vida de artista ociosa y de escritora incrédula, no había pensado nunca.

Al día siguiente, Calixto, á quien su madre había recomendado que siguiese exactamente los consejos de Camilo, se presentó al mediodía, y subió misteriosamente al cuarto de la señorita de Touches, donde encontró ya multitud de libros. Felicidad permaneció sentada en un sofá á la ventana, contemplando sucesivamente el salvaje país de las salinas, el mar y á Calixto, con quien cambió algunas palabras acerca de Beatriz. Hubo un momento en que, viendo á la marquesa pasearse por el jardín, Felicidad fué á echar las cortinas, dejándose ver de su amiga para interceptar la claridad, si bien dejando penetrar una banda de luz para que iluminase el libro de Calixto.

—Hoy, hijo mío, te rogaré que te quedes á comer—dijo poniéndole los cabellos en desorden,—y tú te negarás á ello, mirando á la marquesa y dándole á entender lo mucho que sientes no poder aceptar el ofrecimiento.

A eso de las cuatro, Camilo salió y fué á desempeñar la atroz comedia de su falsa dicha al lado de la marquesa. Calixto se presentó á poco, y aunque comprendiese lo vergonzoso de su posición, dirigió á Beatriz una mirada más expresiva de lo que Felicidad creía. La marquesa se había hecho un tocado encantador.

—¡Con qué coquetería se ha vestido usted, querida mía!

—dijo Camilo á la marquesa cuando Calixto se hubo marchado.

Este manejo duró seis días, y fué acompañado, sin que Calixto lo supiese, de hábiles conversaciones entre las dos amigas. Entre aquellas dos mujeres hubo un duelo á muerte, un duelo sin tregua, en el que ambas emplearon astucia, hipocresía, falsas generosidades, mentidas confesiones, en el que la una ocultaba su amor y la otra lo descubría, habiendo momentos en que las falsas palabras de Camilo llegaron al corazón de su amiga, contando algunos de esos malos sentimientos que con tanta pena reprimen las mujeres honradas. Beatriz acabó por ofenderse de las desconfianzas de Camilo, encontrándolas poco honrosas para ambas, y estaba encantada de saber que también esta gran escritora tenía debilidades de mujer, llegando á sentir deseos de ver hasta dónde llegaba su superioridad.

—Querida mía, ¿qué vas á decirle hoy?—preguntó la marquesa mirando maliciosamente á su amiga en el momento en que el pretendido amante le pedía permiso para quedarse.—El lunes teníamos que hablar á solas, el martes la comida no valía nada, el miércoles no querías atraerte la cólera de la baronesa, el jueves tenías que salir conmigo, ayer le dijiste adiós antes de que abriese la boca. Vaya, pobre chico; hoy quiero yo que se quede.

—¿Yo, hijita mía?—dijo Camilo á Beatriz con mordaz ironía.

La marquesa se puso roja como la grana.

—Quédese usted, señor de Guenic—dijo la señorita de Touches á Calixto, afectando modales de reina y de mujer picada.

Beatriz se mostró fría, dura, mordaz y epigramática, y maltrató á Calixto, al que su pretendida querida acabó por enviar á jugar á la mosca con la señorita de Kergarouët.

—¡Oh! eso sí que no es peligroso—dijo Beatriz sonriéndose.

Los jóvenes enamorados son como los hambrientos que no se sacian con los preparativos del cocinero, y piensan demasiado en el desenlace para comprender los medios. Yendo de Touches á Gueranda, Calixto iba pensando en Beatriz, y no veía la profunda habilidad femenina que desplegaba Felicidad para anticipar sus deseos. Durante aquella semana, la marquesa sólo había escrito una carta á Conti, y este

síntoma de indiferencia no había pasado desapercibido para Camilo. Toda la vida de Calixto estaba concentrada en el corto instante durante el cual veía á la marquesa. Aquella gota de agua, lejos de saciar su sed, sólo contribuyó á aumentarla. Las palabras mágicas: «¡tú serás amado!» dichas por Camilo y aprobadas por su madre, eran el talismán que contenían la impetuosidad de su pasión. El joven devoraba el tiempo, no dormía, engañaba el insomnio leyendo, y se llevaba todas las noches carretadas de libros, según decía Marieta. Su tía maldecía á la señorita de Touches; pero la baronesa, que había subido varias veces á la habitación de su hijo al ver la luz encendida, conocía la causa de su desvelo. Aunque para Fanny hubiese sido el amor una especie de libro cerrado, no dejaba de comprender ciertas cosas, gracias á su ternura maternal; sin embargo, la mayor parte de los abismos de este sentimiento estaban para ella oscuros y cubiertos de nieve, y no dejaba de asustarse al ver el deseo único é incomprensible que devoraba á su hijo. Calixto no tenía más que un pensamiento: le parecía ver siempre en su presencia á Beatriz. Por la noche, durante la partida de mosca, las distracciones del joven se parecían al sueño de su padre. Al verle tan diferente de lo que era cuando el joven creía amar á Felicidad, la baronesa reconocía con una especie de terror los síntomas que denotan el primer amor, sentimiento completamente desconocido en aquella casa solariega. Una irritabilidad febril, una absorción constante, contribuían á que Calixto estuviese siempre atontado. Muchas veces permanecía durante horas enteras contemplando algún dibujo de la alfombra. Su madre, llena de terror al verle en este estado, le había aconsejado que no fuese más á Touches y que dejase á aquellas dos mujeres.

—¡No ir más á Touches!—había exclamado Calixto.

—Vaya, vé, vé, no te enfades, querido mío—le había dicho su madre, besando aquellos ojos que con tanta furia le habían mirado.

En estas circunstancias, Calixto estuvo á punto de perder el fruto de las sabias maniobras de Camilo con la furia bretona de su amor, de cuyos impulsos llegó ya á no ser dueño. A pesar de sus promesas á Felicidad, el joven se juró ver á Beatriz y hablarle, pues quería leer en sus ojos, examinar los ligeros detalles de su tocado, aspirar sus perfumes, escuchar la música de su voz, admirar la elegante sen-